

30

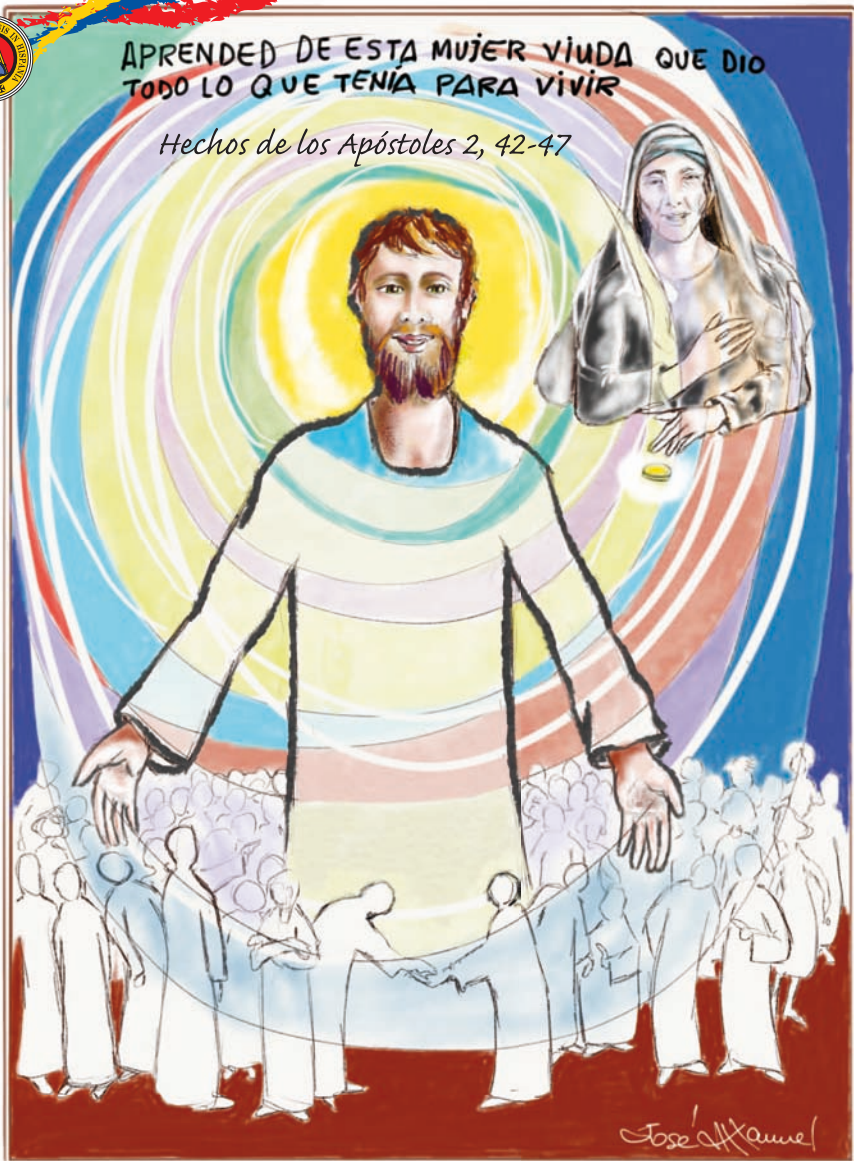
Encuentro

Nuestra comunidad, a imagen de la primera comunidad



APRENDED DE ESTA MUJER VIUDA QUE DIO
TODO LO QUE TENIA PARA VIVIR

Hechos de los Apóstoles 2, 42-47





I. Comenzamos invocando juntos al Espíritu Santo

V. Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

R. Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

V. Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo, haznos dóciles a sus inspiraciones para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo Nuestro Señor.

R. Amén



II. Leemos la Palabra de Dios que interpela a nuestra comunidad

Hch 2, 42-47

Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.



III. Para la reflexión personal a la luz de la Escritura



➔ La enseñanza de los apóstoles, la comunión, la fracción del pan, las oraciones. ¿Cómo están ahora mismo en tu vida estos elementos imprescindibles para la vida cristiana?



- ➔ ¿Estás atento a las necesidades de los demás? ¿Cómo es tu generosidad con ellos, tanto espiritual como material?
- ➔ Los primeros discípulos vivían de tal manera que aquella primera comunidad de la Iglesia era bien vista por todo el pueblo. Con tu modo de actuar ¿ayudas a que la Iglesia siga siendo amada y aceptada por todos? ¿Qué cosas debes convertir en tu vida para que sea así?



IV. Meditamos la Palabra de Dios

1. ¿Qué dice el texto?

Tras el envío del Espíritu Santo, Pedro lanza un primer discurso (Hch 2, 14-36) que interpela a muchos a cuestionarse qué debían hacer (Hch 2, 37), lo cual llevará a tres mil personas a ser bautizadas y agregadas a la Iglesia de Dios (Hch 2, 41), tras haber hecho el apóstol una invitación al arrepentimiento y a la conversión (Hch 2, 38).

Después, ya el pasaje que estamos tratando, san Lucas nos muestra los cuatro pilares fundamentales sobre los que se apoyaba la comunidad cristiana, al menos idealmente:

- *Didaskalia*: la enseñanza de los apóstoles, es decir, básicamente, la proclamación del *kerygma*: la vida, la pasión, la muerte y la resurrección del Señor Jesús.
- *Koinonia*: la comunión, la reunión conjunta de los discípulos; una

reunión también conocida con el nombre de *ekklesia* o Iglesia.

- *Leiturgia*: la fracción del pan, es decir, la celebración de la Eucaristía; y las oraciones, que les ayudaba a mantener en todo momento la comunión con Dios.
- *Diakonia*: el servicio, poniéndolo todo en común, teniendo en cuenta siempre la necesidad de cada uno.

Esa comunión entre ellos y con Dios llevó a esta primera comunidad de Jerusalén a vivir unidos, a ponerlo todo en común según las necesidades, y a que el Señor fuera agregando a muchos más al número de los salvados, por mediación de ellos.

2. ¿Qué dice el texto a nuestra comunidad?

Lector 1:

¡Qué gran testimonio de vida comunitaria nos presenta el texto que estamos meditando! Si tan sólo pudiéramos

hacer de nuestra comunidad un pequeño reflejo de aquella, ¡cuánto bien haríamos al mundo! Está claro que no somos una comunidad perfecta (tampoco la primera comunidad lo sería siempre realmente, puesto que sabemos que san Lucas nos la presenta de modo idealizado), pero tampoco estamos totalmente apartados del camino del Señor, ya que intentamos vivir en su presencia y buscamos hacer realidad en nosotros el sueño de Dios para su Iglesia.

El mismo testimonio que recibimos de la primera comunidad cristiana es el que estamos llamados a manifestar también nosotros, como comunidad unida al Señor. Al mirarla, debe nacer en nosotros el deseo y el empeño de ser así; de tal manera que el mundo, la sociedad actual, la cultura..., viendo reflejados en nosotros unos ideales que también se encuentran en su horizonte, como la bondad, la belleza, el bien, la entrega..., pueda desear caminar en este sentido, buscando el mejor bien, que para nosotros es el Mayor Bien, Cristo. Nuestro testimonio para el mundo será una puesta en práctica del mandamiento de Dios de amarnos los unos a los otros. Por eso, entremos mejor en el testimonio de la primera comunidad, en sus fuentes, para que también sean las nuestras, y poder ser también nosotros testigos auténticos en medio del mundo.

Canto: Un mandamiento nuevo nos dio el Señor

Lector 2:

La primera comunidad perseveraba en la enseñanza de los apóstoles; vivía de la vivencia del misterio de Cristo muerto y resucitado. Ésta es la base fundamental de nuestra fe cristiana: el amor de Dios manifestado en la entrega de Cristo, hasta dar la vida, por la Iglesia y por el mundo. Es necesario interiorizar, y también agradecer, que la muerte de nuestro Señor nos haya dado la vida, y que su resurrección nos haya dado la esperanza de la vida eterna. Si esto no se encuentra a la base de nuestra vida espiritual y cristiana, no habrá un cimiento estable sobre el que seguir construyendo.

Del mismo modo, en calidad de testigos, nosotros no podemos sino mostrar el amor del Señor manifestado en su entrega generosa por la salvación de todos, también por las personas apartadas de Él. Seamos maestros, *didaskalos*, para un mundo que anda perdido y sin sentido tantas veces. Enseñanza con la palabra y con la vida, que deberán ser reflejos del amor de Cristo por nosotros, que nos hemos encontrado con Él, y para ellos, que andan buscando un amor que colme sus anhelos y los sacie totalmente.

Canto: Un mandamiento nuevo nos dio el Señor

Lector 3:

Los paganos del primer siglo, viendo a la comunidad cristiana, decían de



ellos: “¡Mirad cómo se aman!” Entre ellos habría una comunión tal, que así eran contemplados. Y esto siguiendo aquella petición de Jesús al Padre: “que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti” (Jn 17,21). Así ha de vivir nuestra comunidad, en unión, unidad y comunión. La división es obra del Maligno, que busca sembrar la discordia y la separación. Caminar juntos es lo que Dios espera de nosotros, como hijos amados, que formamos parte de una misma familia.

También el mundo espera esto, la unidad, para sí mismo, y también la busca en la historia. Lo vemos constantemente, ya sea de un modo más o menos acertado: la búsqueda conjunta del bien común, la defensa de los débiles, la justicia,... Por eso, la Iglesia, nuestra comunidad, debe reflejar que ese deseo común de la unidad también se vive en ella. Que no vean en nosotros una comunidad dividida y peleada, sino bien arraigada entre nosotros, entre los diferentes miembros, entre los distintos grupos y, como no, muy unida a Dios nuestro Padre.

Canto: Un mandamiento nuevo nos dio el Señor

Lector 4:

La primera comunidad perseveraba en la fracción del pan y en las oraciones, y acudía a diario al templo con un mismo espíritu. ¡Qué importante esto! Darnos cuenta de que la fuente

de nuestra vida cristiana y, por tanto, la que nos da la capacidad de testimonio, no es otra sino la celebración litúrgica en común. Si la unidad y la comunión se debe manifestar en la actividad pastoral de la comunidad, ¡cuánto más en la celebración conjunta de la Eucaristía, de las oraciones, de la meditación comunitaria de la Palabra de Dios... en definitiva, de cualquier tipo de celebración en la presencia del Señor! Sin vivir en esa presencia de Dios, de manera personal y comunitaria, la evangelización y el testimonio no tienen sentido.

El mundo busca una fuente que los colme y los sacie, de la cual beber y no tener nunca más sed, como le ocurría a la samaritana. Los jóvenes, sobre todo, lo buscan desesperadamente: las salidas, el alcohol, la droga... Y todos experimentan, antes o después, que nada de eso los llena. Los adultos también la buscan: refugiándose en el trabajo, en el dinero, en una seguridad exagerada... y también experimentan, tarde o temprano, una sensación de vacío. Nosotros, por gracia de Dios, hemos encontrado – en ello estamos – la fuente de nuestra alegría y felicidad en el Señor, en el encuentro festivo y gozoso con Él, que se da de un modo eminente en la celebración litúrgica, pues en ella no sólo me encuentro con el Dios de la vida, sino también con los hermanos de viaje, los que junto a mi desean y buscan la ansiada felicidad, que está en Dios. Que nuestro rostro, nuestra alegría, nuestra vida,

sea testimonio para todos de haber encontrado el surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. Si hemos hallado la felicidad en Dios, no podemos callarnos y guardarlo para nosotros. ¡Que todo el mundo sepa que tienen un Padre bueno esperando para saciar sus ansias de vida y felicidad!

Canto: Un mandamiento nuevo nos dio el Señor

Lector 5:

En esa comunión que vivía la primera comunidad no podía faltar la preocupación de unos miembros por los otros, según la necesidad de cada uno, compartiendo y entregándose a nivel personal y también material. Es la actitud de servicio, según el mensaje de Jesús: “quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35), y según su ejemplo, ya que Él “no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20,28). Del mismo modo, nuestra comunidad, que camina unida, no puede desatender la necesidad y las preocupaciones de los hermanos, dedicándoles nuestro tiempo, nuestro espacio, incluso nuestros bienes, de ser necesario.

El mundo en que vivimos es un mundo muy solidario, en el que las personas se vuelcan unas por otras. Muchas personas dedican su tiempo y su dinero a colaborar en ONGs y en todo tipo de iniciativas que supongan ayudar a los más desfavorecidos. Nosotros,

como Iglesia, estamos llamados a vivir así, pero desde Cristo, sabiendo que “lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). Servir al hermano es servir a Cristo en persona. La Iglesia que sirve es testimonio eficaz del amor de Dios, del cual está lleno y es capaz de derramar sobre todos, tanto de los que se encuentran dentro de ella como de los que están fuera.

Canto: Un mandamiento nuevo nos dio el Señor

3. ¿Qué nos dice el Papa Francisco?

El evangelista Lucas nos muestra la iglesia de Jerusalén como el paradigma de cada comunidad cristiana, como el ícono de una fraternidad que fascina y que no debe mitificarse pero que tampoco hay que minimizar. El relato de los *Hechos* deja que miremos entre las paredes de la *domus* donde los primeros cristianos se reúnen como familia de Dios, espacio de *koinonia*, es decir, de la comunión de amor entre hermanos y hermanas en Cristo. Vemos que viven de una manera precisa: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (*Hechos* 2, 42).

Los cristianos escuchan asiduamente el *didaché* o la enseñanza apostólica; practican unas relaciones interpersonales de gran calidad también a través



de la comunión de bienes espirituales y materiales; recuerdan al Señor a través de la “fracción del pan”, es decir, de la Eucaristía, y dialogan con Dios en la oración. Estas son las actitudes del cristiano, las cuatro huellas de un buen cristiano. A diferencia de la sociedad humana, donde se tiende a hacer los propios intereses, independientemente o incluso a expensas de los otros, la comunidad de creyentes ahuyenta el individualismo para fomentar el compartir y la solidaridad.

No hay lugar para el egoísmo en el alma de un cristiano: si tu corazón es egoísta, no eres cristiano, eres un mundano que busca solo su favor, su beneficio. Y Lucas nos dice que los creyentes están unidos (cf. *Hechos 2, 44*), La cercanía y la unidad son el estilo de los creyentes: cercanos, preocupados unos de otros, no para chismorrear del otro, no, para ayudar, para acercarse.

La gracia del bautismo revela, por lo tanto, el vínculo íntimo entre los hermanos en Cristo que están llamados a compartir, a identificarse con los demás y a dar «según la necesidad de cada uno» (*Hechos 2, 45*), es decir, la generosidad, la limosna, el preocuparse por el otro, visitar a los enfermos, ir a ver a quienes pasan necesidades, a los que necesitan consuelo. Y precisamente esta fraternidad porque elige el camino de la comunión y de la atención a los necesitados, esta fraternidad que es la Iglesia puede vivir una vida litúrgica verdadera y auténtica.

Por último, el relato de los Hechos nos recuerda que el Señor garantiza el crecimiento de la comunidad (cf. 2, 47): la perseverancia de los creyentes en la alianza genuina con Dios y con los hermanos se convierte en una fuerza atractiva que fascina y conquista a muchos (cf. *Evangelii gaudium*, 14), un principio gracias al cual vive la comunidad creyente de cada época.

Fragmento de la Audiencia general del 26 de junio de 2019



V. Para la reflexión comunitaria

1. A la luz de la vida de la primera comunidad, ¿nuestra comunidad se asemeja a ella? ¿Qué aspectos nos cuesta más poner en práctica?

2. ¿De qué modo concreto testimonia nuestra comunidad al mundo la entrega de Cristo por todos? ¿Qué más podríamos hacer?

3. ¿Verdaderamente nuestra comunidad vive la unidad y la comunión en sus miembros y entre sus grupos, o hay división entre nosotros? ¿Qué más podríamos hacer?

4. ¿Qué celebraciones litúrgicas vive nuestra comunidad para fomentar esa comunión de vida con Dios y entre los hermanos? ¿La vivencia que tenemos de ellas es sólo personal o también comunitaria? ¿Qué más podríamos hacer?

5. ¿De qué manera nuestra comunidad se pone al servicio de las necesidades de la Iglesia y del mundo? ¿Qué más podríamos hacer?



VI. Oramos al Señor pidiendo la intercesión de nuestra Madre



Ponemos hoy toda nuestra confianza en María, sabiendo que su amor de madre nos acompaña y su presencia nos estimula para ser Buena Noticia para todos.

Miramos hacia ti, Madre, como modelo y compañera, para vivir nuestra vocación cristiana con alegría y delicadeza.

Danos, Jesús, el calor de tu amor, para que, a ejemplo de María, con nuestras palabras, y sobre todo con nuestras vidas, llenemos el mundo del amor que tanto se necesita. Amén

Señor, en estos momentos nuestra actitud es como la de María:
“He aquí la esclava del Señor.
Que se haga en mí según tu palabra”.

Como María, también hemos dado un sí y estamos dispuestos a vivir según lo que ese sí significa: seguirte en fidelidad, viviendo en comunión, como hermanos.

Que día a día en nuestro vivir en comunidad estemos dispuestos a escuchar tu palabra, a meditarla en nuestro interior y a responderte con prontitud, como lo hizo María, saliendo a nuevas tierras, a nuevas necesidades.

